

Olvido era ya una moza en edad de merecer. Como Javier, era algo regordeta, pero con una cara blanca y simpática, en la que sobresalían unas sonrosadas mejillas que parecían iluminarla.

Cargaron con la mercancía, consistente en un atadizo de papel viejo, otro de trapos y un saquito donde metieron la chatarra y emprendieron el camino hacia la casa de la Valencha, haciendo repetidas paradas para intercambiarse los bultos y recuperar fuerzas hasta llegar al almacén, situado al final de la calle Basilio Montalvo, cerca de la carretera.

Allí les recibió el marido de la Valencha, Pedro el Cacharrero, conocido así porque el hombre con su carro, tirado por una mula, se dedicaba a comprar los materiales para reciclaje a cambio, generalmente, de las distintas vasijas de loza y barro vidriado u otros cacharros, que portaba en el carruaje. En uno de sus oídos llevaba un audífono, el cual parecía servirle de poco, pues había que alzar la voz para entenderse con él.

– Los trapos y el papel no los quiero porque a mí no siempre me los cogen – les espetó al contemplar el género que habían traído –. A ver qué traéis en el saco... Esto y esto tampoco – dijo apartando algunas de las piezas.

– ¡Pues echusté, nos va a rechazar la mitad! – explotó campechanamente Javier, que veía esfumarse gran parte de sus expectativas depositadas en esta venta.

Al cacharrero pareció hacerle gracia el desparpajo de Javier, por lo que le preguntó:

– ¿De quién eres tú, guapo?

– Del tío Benito, que vive allá por la calle Atalfa – respondió con manifiesta indiferencia.

– Ah, ya sé quién es, ya sé quién es tu padre... Bueno, ocho kilos – dijo tras pesar el metal –, a una peseta el kilo, ocho pesetas... Pero vale – añadió en un aparente gesto de benevolencia –, para que no os llevéis de vuelta to este peso, os doy en total diez pesetas y asunto acabado; aunque ya os digo que no sé si me lo van a coger a mí – habló recalcando las últimas palabras.

No parecían muy satisfechos, pero Prudi, resignado, agarró los dos duros y se los metió en uno de los bolsillos de su pantalón.

Decepcionados de alguna manera por lo poco productivo de la operación, partieron directamente hasta el punto donde almacenaban sus “riquezas”. Allí, tal como solían hacer siempre, uno de ellos se quedó de guardia, vigilando para poder avisar a los compañeros en caso de que alguien transitara por el camino en el momento de depositar la nueva aportación o hacer el preceptivo recuento de las monedas que constituían su capital para invertir en diversiones feriales.

– Ya tenemos 35 pesetas – dijo triunfante Prudi –. Yo creo que hasta las fiestas vamos a juntar más de lo que habíamos pensao – agregó mientras asomaba a sus labios una sonrisa de complacencia.

Julio había llegado, casi por sorpresa, como un fogoso alazán. Los primeros días de este mes canicular trajeron consigo un calor asfixiante. Los chicos se mostraban impacientes e ilusionados con la cercanía de esos días tan anhelados por ellos, tanto más cuanto que habían superado con creces el objetivo que se habían marcado de reunir la cantidad suficiente de dinero que les permitiera disfrutar de sus atracciones favoritas.

Aquella mañana Prudi había decidido acompañar a su padre a la huerta, tal como otros días lo había hecho. Antes de partir, subido a lomos del macho que poseían, Prudi se despidió de sus compañeros.

– Luego a la tarde nos vemos, ¿vale? – les dijo, ufano sobre la acémila, con cierto aire de vanidad e importancia ingenuas.

Tal como estaba sobre el animal, con las perneras del pantalón un tanto subidas, Prudi dejaba al descubierto sus escuálidas piernas a la altura de la pantorrilla.

– Pareces Don Quijote – señaló él, con un gesto de aprobación por parte de Javier.

Ante esta observación, el “jinete” hizo un gracioso movimiento como si empuñara una lanza en posición de ataque, que acabó con una explosión de risa de los tres.

– No hagas el tonto y agárrate bien a los ramales, a ver si te vas a caer y te matas – le advirtió su padre.

Estas palabras, recordadas más tarde por los muchachos, parecieron ser una premonición, pues esa fue la última vez que sus compañeros vieron con vida a Prudi.

Javier y él, para amenizar el día y hacer más corta la espera hasta reunirse con el tercer amigo, decidieron emprender una expedición por los rastros cercanos a la caza de chicharras para alimentar al cernícalo que tenía en casa Pablo, el hermano mayor de Javier.

La tarde había ido cambiando imprevisiblemente, con una ostensible bajada de las temperaturas. El cielo se fue encapotando paulatinamente de estratos cenicientos que, junto con el viento que se había levantado, parecían presagiar una cercana tormenta.

A eso de las cinco se reunieron de nuevo en el lugar que desde hacía tiempo se habían asignado como punto de encuentro, y que era la intersección de las calles Labradores y Padilla.

Les pareció extraño que Prudi no hubiera acudido ya, pues solía ser el primero en llegar. Después de una corta espera, optaron por acercarse a su casa subiendo la empinada cuesta de la calle Padilla.

Al divisar la casa, comprendieron que algo raro pasaba, pues había un continuo entrar y salir de hombres y mujeres, todos ellos con gesto compungido. El flujo de visitantes fue aumentando a medida que se acercaban a su destino. Los muchachos, en medio de aquel ajetreo, lograron introducirse en la vivienda.

La escena con que allí se encontraron los chicos les hubiera sido difícil de imaginar ni en sus peores sueños.

En medio de la habitación la madre de Prudi lanzaba gritos desesperados, al tiempo que gesticulaba como una posesa.

– ¡Ay, cordero! ¡Ay, mi niño! ¿Por qué me lo has quitado, Señor? ¿Por qué no me has llevado a mí, Dios mío? – repetía con voz desgarrada.

– Agarradla, que se priva – advirtió una mujer desde la puerta, viendo los indicios de desfallecimiento de la apenada madre, tras lo cual varias de las recién llegadas la sostuvieron, sentándola a continuación en un viejo tresillo con los asientos de espadaña notablemente desgastados, que se hallaba en una esquina penumbrosa de la sala.

Las hermanas de Prudi, turbadas por el suceso acaecido, con